
CAPÍTULO X

EL DELITO Y LA IMITACIÓN.—EL DELITO EN LAS CIUDADES Y EN
LOS CAMPOS.—EL DELITO Y LAS PROFESIONES

En lo moral como en lo físico, el ejemplo es contagioso. Sabido es, con cuanta facilidad se comunican la risa, el llanto y el bostezo. «Así como la risa hace reír, las lágrimas hacen llorar: nuestros rostros se entienden. Si quieres hacerme llorar, empieza por llorar tú.» (Horacio, *Arte poética*.)

Los accidentes nerviosos, los casos de histerismo (1), pueden también contagiarse: todo el mundo sabe las epidemias de locura que antes estallaban en Loudun, en Louwiers y Saint-Medard. Los alienistas afirman que la epilepsia puede producirse por imitación. Ya en 1833, el Dr. Lucas escribió un discurso sobre la imitación contagiosa de la neurósis, y más tarde, en 1860, el Dr. Baillarger citó varios casos de locura contagiada. Por esto es muy interesante, que los niños, las muchachas y las mujeres nerviosas no presencien los ataques de epilepsia ó de histerismo.

Hánse observado varios casos, en los cuales, el suicidio y también la locura, se han hecho contagiosos, es decir, que á un suicidio, han sucedido otros, llevados á cabo con idénti-

(1) *Diccionario de medicina y de terapéutica* por Bouchut y Després. (París, Félix Alcan.) Palabra *Histerismo*. *La solidaridad moral*, por M. Marion. *La filosofía penal, las leyes de la imitación*, por M. Tarde. *El deber de castigar*, por M. Morton.

cas circunstancias. En su tratado de la *Higiene del alma*, Feuchtersleben cita el hecho siguiente: Cuando el primer imperio un soldado se suicidó en una garita: después de esta desgracia, muchos otros soldados escogieron la misma garita para poner fin á sus días, y habiendo mandado Napoleón quemar aquella garita, cesaron los suicidios. M. Max Simon refiere que un obrero se colgó del linde de una puerta, y luego doce de sus compañeros, se colgaron en el mismo sitio, y solo se contuvo esta epidemia tapiando la puerta. (*Higiene del espíritu*.) Plutarco cita también una epidemia de suicidios, entre las mujeres de Mileto. (*Los hechos virtuosos de las mujeres*.)

Las pasiones son contagiosas: nada más contagioso que el miedo: algunos ejércitos han sido dominados por un terror pánico, aun al día siguiente de una victoria. La tristeza, la alegría, el amor, la indignación, también se comunican. Así dice, Mallebranche, «las personas apasionadas nos apasionan, y causan en nuestra imaginación impresiones que se asemejan por completo á las que ellas han recibido.» (*Del descubrimiento de la verdad*, lib. II, párr. III.) Observando esta tendencia en el hombre de imitar lo que ve, y de dejarse arrastrar por la pasión que tiene ante sus ojos, los moralistas severos han puesto en evidencia, los peligros de estas representaciones teatrales que comunican el fuego á todos los que asisten á ellas. (Bossuet, *Reflexiones sobre la Comedia*.) En efecto, esta comunicación de las pasiones, se realiza con una rapidez extrema en las reuniones de los hombres, lo que hace exclamar al Cardenal de Retz: «el que reúne á los hombres, les agita.» Bajo el imperio de una emoción que pasa á ser general, la muchedumbre hase comparado con razón, con un organismo viviente, cuyos miembros son todos los individuos que la componen; tan grande es la solidaridad que les une. De ahí, esta expresión para indicar el entusiasmo en una reunión de hombres: estos se levantaron como un solo hombre.

La influencia del ejemplo, déjase sentir de un modo notable en los niños: estos se entregan á la imitación; y así podriase, desde la edad más tierna, utilizar en los juegos estas inclinaciones, para hacerles adquirir las cualidades que un día deben serles necesarias. Para inspirar en un muchacho la afición á la vida militar, y en una niña la de los cuidados domésticos, basta (como lo vemos todos los días), dar al primero un uniforme militar, y á la segunda, una muñeca, moviliarios, y hacerle imi-

tar las ocupaciones de su madre. Esta observación no pasó desapercibida á Aristóteles quien dice: «es necesario que los juegos de la infancia sean en su mayor parte, imitaciones de lo que más tarde deberá ocupar seriamente á los niños.» (*Política*, lib. VII. cap. xx, párr. 5.) Un muchacho anda, habla, y hace los mismos gestos que su padre: una muchacha se viste como su madre, habla como ella, y anda como ella... en fin, los hijos imitan á sus padres en todas las cosas, desde sus defectos hasta sus gestos, así como en sus vicios y errores.» (*Malebranche*.)

Kant, Plutarco y Juvenal han demostrado de un modo elocuente, el papel considerable que juega en la educación de los niños, esta tendencia á la imitación: «el medio experimental de la educación moral, es el buen ejemplo dado por el mismo maestro, porque la imitación es en el hombre inculto, lo primero que le conduce á admitir las reglas de su conducta.» (Kant, *Principios metafísicos de la moral*, 309.) «Ante todo, dice Plutarco, es necesario que los padres se guarden mucho de cometer falta alguna, ó de omitir algo que á sus deberes corresponda, á fin de que sirvan de vivo ejemplo á sus hijos, ya que estos miran su vida, como en un espejo, y se abstengan de hacer ó decir algo que sea vergonzoso, porque es de todo punto preciso, que los jóvenes vivan perfectamente apartados de aquello que hacen los viejos verdes y caducos.» (*Como se deben criar los niños*.) Juvenal escribió una notable sátira, la XIV, sobre *el Ejemplo*, en la cual hace realzar la influencia de la imitación en el alma del niño. «Absténete, dice, de toda acción reprobable, cualquiera que sea el motivo, no sea sino para preservar del contagio á aquellos que nos deben la vida: hasta tal punto nacemos imitadores dóciles de la corrupción, de la perversidad... Más eficaces, más fáciles de corrompernos son los malos ejemplos domésticos, pues penetran en el alma con el ascendiente de la autoridad que tienen las personas que los dan.» El hijo del comerciante poco delicado que ve como su padre defrauda á sus clientes en el peso y medida de las mercancías, podrá sin duda resistir estos malos ejemplos, pero está expuesto de continuo á la tentación de imitar aquella conducta. También vemos hijas honradas, nacidas de madres culpables; pero el ejemplo de la mala conducta de la madre, ¿no es apropiado para que la virtud de la hija corra graves peligros?

Por razón de la tendencia que los hijos tienen de imitar á los que les rodean, los ejemplos de los padres juegan un gran

papel en la moralidad de los unos y la criminalidad de los otros. Así es, que hay que esperar excelentes resultados de la ley de 24 de julio de 1889, que permite suspender el ejercicio de la patria y potestad, á los padres que se han hecho indignos de ella. El padre y la madre que por su habitual embriaguez, por su notoria y escandalosa mala conducta, ponen en peligro la moralidad de sus hijos, serán privados de la patria potestad. El nombre de M. Teófilo Roussel, que con MM. Dufaure y Beranger formularon la proposición de ley, merece ser colocado al lado de M. Marbeau, el fundador de las casas-cunas, y al de M. Benjamín Delessert, iniciador de las cajas de ahorro. Nada hay más humano, nada más útil, que el hacer educar á los muchachos moralmente abandonados: añado ahora, que nada hay más económico, pues los gastos de educación serán mucho menores, que el perjuicio resultante de los daños que estos muchachos pueden cometer, si fuesen adiestrados en el robo por sus padres indignos (1).

La acción del mal ejemplo, es tan fuerte, es tan rápida, la comunicación del vicio por imitación es tan lamentable, que los moralistas la asimilan á la comunicación de una enfermedad, y le dan el nombre de *Contagio moral*. No es M. Marion el primero que ha empleado esta frase, como lo ha creído M. Caro. (*Semblanzas y retratos*, I, pág. 247.) M. Despigne había publicado ya en 1870 un folleto sobre el *Contagio moral*. M. Emilio Augier había hecho representar en 1866 una notable comedia que tiene por título *El Contagio*. Plutarco describe también el contagio del vicio, como el de una enfermedad:

(1) En la conferencia sobre la reforma penitenciaria, celebrada en Newport en 2 de agosto de 1877, consignóse la notable contestación de un sueco, á quien se preguntó si era muy costosa la educación de los muchachos recogidos en las calles. «Sí, contestó, es costosa, pero no es cara: nosotros los suecos, no somos bastante ricos para dejar que un muchacho crezca en la ignorancia, la miseria y el crimen, convirtiéndose así en una plaga para la sociedad, como también para sí mismo.» En Italia, un sacerdote digno de admiración, Dom Bosco, penetrado de un amor infinito hacia el muchacho pobre y abandonado, ha llegado á reunir en asilos y talleres de trabajo, á millares de niños abandonados, que hubieran sido personas de mala conducta: también creó estos talleres en Turín, Niza, Marsella y Buenos Aires, acabándose de crear otro en Lieja. Murió en 31 de enero de 1888, pero su obra queda confiada á la Sociedad de San Francisco de Sales que él mismo fundó, y cuyo principal objeto es, «cuidar de una manera especial á la juventud pobre y abandonada, de la cual depende el porvenir dichoso ó desgraciado de la sociedad.»

«Necesitan, dice, los jóvenes, apartarse de las malas compañías, de otra suerte, llevarán consigo alguna mancha resultado del contagio con la maldad.» (*Como deben criarse los niños.*) En su traducción de Diodoro, Amyot emplea la misma frase, para traducir este su axioma. «Los hombres de buen carácter se modifican frecuentando la compañía de gente mala, ya que la maldad es *contagiosa*, y pasa del uno al otro, ni más ni menos que una enfermedad pestilente, infectando algunas veces las almas más virtuosas.» (L. XII.) Por último, encuentro la misma frase en La Rochefoucauld y en Séneca. «Nada es tan *contagioso* como el ejemplo, y jamás realizamos grandes obras buenas ni cometemos actos malos, que no produzcan otros semejantes. Imitamos las buenas acciones por emulación, y las malas por la malignidad de nuestra naturaleza, á la cual la vergüenza retiene prisionera y pone, en libertad el ejemplo.» (*Máxima 257.*) Séneca habla con igual energía del contagio de los malos ejemplos: «Si quieres despojarte de tus vicios, huye lo más lejos que puedas de los malos ejemplos: el avaro, el seductor, el hombre cruel, el fraudulento, tan *contagiosos* por su sólo ejemplo, están dentro de tí. Vete al campo de los hombres virtuosos.» (*Carta CIV.*) En las *Instrucciones cristianas*, sacadas por Arnaud, de las cartas del abate Saint-Cyran, asimilase el riesgo de la frecuentación de los malos, como en Plutarco, al peligro que ofrece una enfermedad contagiosa: «Existe, como un ambiente *contagioso*, oculto en el espíritu de los malvados, que se comunica más insensiblemente á las almas, que en el cuerpo los que se aproximan á los apestados.»

Este contagio del vicio, proveniente de los malos ejemplos, recibe además gran actividad con la malicia de los que los dan. El hombre corrompido procura corromper á los demás: la mujer de malas costumbres, se complace con fruición en atraer á ella á la mujer honrada, que tiene la imprudencia de visitarla: siéndola penoso el sentirse despreciable, le parece que puede soportar más fácilmente su vergüenza, si la comparte con otras. El mal tiene una espantosa fuerza de propaganda, en tanto que el hombre perverso, procura extender á otros su perversidad; este es un hecho observado por los magistrados y que han podido comprobar en muchas causas criminales. Cuando un delito ha sido cometido por varios acusados, no es raro encontrar un jefe de la banda, un instigador

que arrastra consigo varios cómplices. La fuerza pública detiene muchas veces á antiguos reincidentes, que viajan con jóvenes á quienes han pervertido. En un colegio de educación, ¿no basta que haya algún joven malo, para que los demás se contagien? Los culpables sienten un verdadero é infame placer en hacerse cómplices, y estos desgraciados se complacen en entregarse á sus compañeros de infortunio. (Bossuet, *Meditaciones sobre los misterios*, semana 23, 5.^a meditación. Plutarco, *Vida de Denys.*)

El ejemplo es contagioso, aun para los hombres ya adultos. ¿No vemos acaso que los ejemplos de las ciudades se comunican á los campos, y que los que dan, las clases superiores, son imitados por el pueblo? Mucho antes que Masillón lo hiciera, Eurípides, Cicerón y Séneca, habían hecho notar ya esta tendencia del pueblo á imitar á los grandes. «Desde las casas nobles, esta plaga, (la del adulterio) ha empezado ya á difundirse entre las mujeres; porque cuando los grandes cometen acciones vergonzosas, parecen sin duda virtuosas á los demás.» (*Hipólito.*) En el párrafo 14 del título III de *Las leyes*, Cicerón se expresa en estos términos: «Aunque las faltas de los hombres más distinguidos del Estado, sean por sí solas ya un gran mal, agrava esta maldad el que tienen muchos imitadores. Si interrogais el pasado, podreis ver, que tales como han sido los hombres principales de una ciudad, tal ha sido esta: que todo cambio realizado en las costumbres de los ciudadanos más distinguidos, ha sido seguido de otro cambio en las del pueblo... Así, los grandes que están entregados al vicio, son tanto más nocivos á la república, cuanto que no sólo ellos contraen estos vicios, sino que los difunden en la ciudad; no sólo daña porque se corrompen ellos, sino porque corrompen á los demás, y su ejemplo daña más que su propia culpa.

Estas juiciosas reflexiones están confirmadas por la historia. Cuando las antiguas monarquías, el ejemplo del soberano ejercía una influencia inmensa, pues encontraba imitadores en la corte y la ciudad. En tanto es así, como que los escándalos dados por Luis XIV contribuyeron poderosamente á la corrupción de la Francia y por lo mismo, á su decadencia, porque la corte imitaba al rey, y á su vez las demás clases, seguían el ejemplo de la corte. Los desórdenes de la regencia tuvieron también imitadores, «hasta el punto que el incesto, presunto en la alcoba real, dió lugar, según se asegura, á incestos po-

sitivos, en una sociedad corrompida hasta la infamia. (Baudrillart, *Historia del lujo*, t. IV, pág. 250.) Durante la revolución, los desastres de septiembre se reprodujeron en provincias por espíritu de imitación. En nuestros días, París, da el tono á la provincia, que acepta sus modas, su lenguaje y su carácter: y puede también decirse que París, tiene su imitación en las naciones vecinas.

Las formas especiales que toma la criminalidad, se comunican también. Así, el empleo del vitriolo y el destrozo de los cadáveres de las víctimas, se han generalizado en Francia, durante los últimos años. En 1870, en el distrito de Arles, tuve que instruir un proceso contra una muchacha de Saint-Remy, que había arrojado vitriolo al rostro de su amante infiel, quien quedó ciego. En su interrogatorio, dijo la acusada: «Hoy, ninguna joven querrá casarse con él, pero yo le amo más que nunca, quiero casarme con él y le rodearé de tantos cuidados que le haré feliz.» Desde entonces, y á consecuencia de un excesivo número de veredictos absolutorios, esta clase de atentados se ha extendido en Provenza y en el resto de Francia. Como se ve, esto no es una invención parisién, como se ha dicho, puesta en circulación por efecto del crimen de la Gras en 1875.

Sabido es también, con cuanta frecuencia después del asesinato, se hace trozos á la víctima: en Marsella, en breve tiempo se han cometido dos delitos de esta índole.

Durante mi carrera, he podido observar con frecuencia la fuerza de la corriente de imitación. Cuando un procesado insulta á los magistrados, (lo que sucede hoy más que antes), si esta ofensa no se castiga inmediatamente, si los magistrados demasiado indulgentes se limitan á hacer retirar al procesado, al día siguiente, se repiten estos insultos. Pero si la primera ofensa es castigada, los procesados guardan el debido orden, lo que prueba, al contrario de lo que afirman M. de Girardin, el Dr. Despine, y M. Spencer, que la pena intimida real y positivamente á los procesados.

Un jurisconsulto distinguido ha puesto de relieve con mucho acierto, la necesidad que se impone á la justicia, de castigar severamente al que es el primero en cometer un delito con nueva forma, á fin de contener á los imitadores. Así, dice, «el primero que en un Estado comete un delito, perjudicial por sí y por su contagio, y lo enseña á los demás con su ejemplo,

delinque con mayor maldad, que aquel que se deja arrastrar al delito por la corriente.» (Puffendorf, l. VIII, cap. III, párrafo 22.)

Si los dobles suicidios por amor, son hoy tan frecuentes, es por este espíritu de imitación, por esta clase de contagio que de ello resulta, con la lectura dramática, en espíritus sobrecitados por la pasión ó debilitados por el desorden. He visto á varias jóvenes, después de un amor contrariado, asfixiarse, vestidas de blanco y puesta en su cabeza la corona de desposada, por el mero hecho de haber leído este relato en algún periódico ó novela. Si pocas jóvenes del campo atentan contra su vida después de un desengaño amoroso, es porque leen pocas novelas: y al contrario, si son frecuentes estos suicidios en las clases elevadas ó las obreras, debe atribuirse á estas lecturas, ó á la representación de ciertos dramas. Sabido es que luego de la publicación de Werther, se desarrolló una verdadera epidemia de suicidios. Ultimamente en Aix, se dieron la muerte un joven y una muchacha cuyos amores contrariaban sus padres. Pues bien: encima la mesa del cuarto del joven, se encontró un grabado que representaba, un doble suicidio consumado por idéntica causa.

Las malas lecturas producen un mal inmenso entre los jóvenes, que son siempre muy inclinados á imitar á los héroes de las novelas ó del teatro, sobre todo cuando unas y otro, embellecen el vicio (1). ¿Cuántas novelas y piezas teatrales merecen se les apliquen aquellas frases de Fedro: «Palabras odiosas... cierra tu boca y no me obligues á oír un lenguaje

(1) Entre las novelas que han perturbado la imaginación de las modernas generaciones jóvenes, deben citarse á Balzac y Jorge Sand: Balzac ha extraviado á los jóvenes con sueños de riqueza, de placer y poderío: Jorge Sand, ha descarriado á los jóvenes con sueños de amor, de adulterio, etc. En *Los Refractarios* de Julio Vallés, que tomó parte en los hechos de la *Commune*, se encuentra en el capítulo que tiene por epígrafe *Las víctimas del libro*, la confesión de la influencia funesta que Balzac ejerció sobre él y sus camaradas. Entre los novelistas que así han extraviado el corazón y la cabeza de los jóvenes, ¿cómo puede dejar de comprenderse á los escritores, que haciendo de la historia una novela, han poetizado á los hombres del Terror? ¿Quién podrá contar el número de fanáticos, revolucionarios, agitadores, y aun criminales, que ha creado esta glorificación! Cuando fueran detenidos los cómplices de Fieschi, Pepin y Alibaud, encontráronse en sus domicilios, las obras de Saint-Just (*Sesiones y trabajos de la Academia de ciencias morales*. 1855, agosto y septiembre, págs. 224, 227.)

tan vergonzoso... mi alma se ha indignado... pero si tu lenguaje en este punto engalana la vergüenza, caeré en el abismo de que pienso huir...» (Eurípides.) Así los novelistas y escritores dramáticos, que no desconocen la perniciosa influencia que pueden producir el libro ó el drama, en el espíritu de los jóvenes y sobre todo de los adolescentes, son los primeros en aconsejar que no los lean ni asistan á ellos. Así dice J. Jacobo Rousseau: «Una joven honrada no debe leer libros amorosos: la que los lea, no se queje del mal que le hayan hecho, pues mentirá: el mal se hace con la lectura, y por lo tanto no hay que ponerse en peligro.» (2.º prefacio á la *Nueva Eloisa*.) En el prefacio de *La princesa Jeorgina*, M. Alejandro Dumas, rechazando como siempre con aliento, el reproche de inmoralidad que se le había hecho con motivo de *Una visita de bodas*, se expresa en estos términos: «Siendo el teatro, una pintura ó una sátira de las pasiones ó de las costumbres, siempre ha de ser inmoral. No has llevado á él tu hija, y has hecho bien... Hay allí una desnudez que no conviene exponer á todas las miradas.» El muchacho no puede sin peligro, verlo todo, leerlo todo, ni oirlo todo: la mejor salvaguardia de su moralidad, está en la ignorancia del mal. El autómatas, (y que según la profunda observación de Pascal está dentro de cada uno), cuando aquél es un niño, está inclinado de por sí á reproducir todos los actos cuya descripción le ha impresionado. Por esto Platón creía que no podía contarse sin indiferencia, toda clase de fábulas á los muchachos, y consideraba peligroso para su moralidad, el relato de actos criminales que los poetas atribuían á los dioses, porque podían servirles de ejemplo ó de pretexto. (*La República*, lib. III.)

Este doble peligro, que puede resultar para los jóvenes, de la lectura de los malos libros, que describen con detalles el vicio, lo he visto comprobado distintas veces en los acusados (1). Recientemente he oído á un procesado, contestando á

(1) Mis colegas, Presidentes de los Assises, me han manifestado haber hecho igual observación. Háse también observado esto mismo en Lemaitre, Morisset, etc., etc., asesinos jóvenes juzgados hace poco en París. (Véase *Anales de higiene y medicina legal*, 1881, pág. 342; Aubry, *El contagio del malvado*, pág. 73.) En el proceso de Gouffé, háse comprobado también que las novelas habían influido mucho en la moralidad de Gabriela Monpard. Troppman, confesó al abate Crozes, que la causa de su profunda demoralización era la lectura de las novelas. A fuerza de vivir en este mundo

la pregunta que se le hizo sobre las lecturas que le eran predilectas, la siguiente frase: «He leído muchísimo.» En efecto, las lecturas, por medio de las imágenes que despiertan y que imprimen en el espíritu, inclinan la voluntad á la reproducción de los actos descritos; presentan excusas al vicio; pueden en una palabra, destruir la voluntad y el criterio del lector. «Quien no ha recibido de la naturaleza un espíritu falso. ó un corazón malo... puede cambiarlos con la lectura frecuente de libros malos, tanto ó más perjudicial como la conversación con hombres malvados.» (*Vida de Descartes* por Baillet.)

Cuando se ve á los padres, llevando á sus hijos á los cafés cantantes y á teatros en los cuales se cantan canciones obscenas ó se representan piezas libres, es necesario reconocer, que no se dan cuenta de la tendencia, de la inclinación que tienen los muchachos de imitar lo que ven, y por consiguiente de los peligros que corre su moralidad. Los pueblos antiguos lo entendían de mejor manera: así los habitantes de Marsella prohibían antiguamente las comedias sobre asuntos inmorales, «por miedo de que el hábito de ver estos asuntos objeto de espectáculo, no despertase el deseo de imitarlos (1).» (Valerio Máximo, lib. II, párr. 6.) Estas comedias pueden ser inofensivas para los adultos y peligrosas para los muchachos, porque en el momento en que el alma se está formando, lo propio que cuando se desarrolla el cuerpo, todas las influencias que se ejercen sobre aquella, deben ser sanas y benéficas. El alma y el cuerpo del joven necesitan una atmósfera pura, á fin de que pueda crecer en pureza, bondad y valor.

Nada más saludable, más fortificante que la pintura de lo bueno y de lo bello, que el relato de las buenas acciones, que la vida de un hombre de gran corazón. La educación moral se forma más con los ejemplos, que con los preceptos: la biografía de un héroe de la antigüedad, ó de un santo, obra más efi-

imaginario, había perdido la noción de lo justo, lo honesto, y se dejó dominar por la pasión hacia estos héroes del presidio, que se forman una reputación, colmando de favores á los que les rodean, con los despojos de sus víctimas, ó que mueren siendo directores de una oficina de beneficencia después de haberse formado un capital tirando la navaja ó empleando el veneno. (*Recuerdos de la pequeña y grande Roquette*, t. II, pág. 228.)

(1) A esta austeridad de costumbres sucedió una gran corrupción, después de la conquista de Marsella por César. Para pintar un hombre afeminado se decía «viene de Marsella,» y para señalar las malas costumbres, se decía también, «costumbres marsellesas.»

cazmente en el alma del muchacho, que la lectura de un tratado de moral. Los muchachos y aun los hombres, necesitan modelos que imitar: en la familia, en la escuela, en el regimiento, en la sociedad, se ejerce poderosa influencia, presentando modelos, que impresionan á los niños, á los soldados y á los hombres. Si la literatura influye más que las ciencias en el desarrollo de los buenos sentimientos, en la formación de los caracteres, es porque se estudia la vida de los grandes hombres, por el relato de sus acciones heroicas. Las imágenes de los héroes y de los santos elevan la humanidad, y estimulan la imitación de sus virtudes. Así dice Cicerón: «Cuántas imágenes de los grandes hombres, nos han dejado los escritores griegos y latinos, más como modelos que como objeto de admiración. Cuando yo dirigía la república los tenía siempre delante de mis ojos, sólo pensaba en estos hombres ilustres para dirigir así mi espíritu (1).» (*Pro Archias*, vi.)

Para satisfacer esta necesidad de los modelos, los antiguos escribieron la *Vida de los hombres ilustres*, y los cristianos, la *Vida de los Santos*, la *Imitación de Cristo*, la *Imitación de la Virgen María*. La gran transformación moral que el cristianismo ha operado en el mundo, es sobre todo el resultado de los ejemplos dados por Jesucristo: así después de haber lavado los pies á sus discípulos, les dijo: «Yo os he dado el ejemplo, á fin de que lo que yo he hecho con vosotros, lo hagais también con los demás.» (San Juan, cap. XIII, 14.) Si aun hoy sus discípulos, van á evangelizar á los salvajes con riesgo de su vida, si enseñan á los niños y cuidan los enfermos, es porque imitan su divino modelo: esta imitación es lo que produce las grandes, las heroicas virtudes cristianas (2): esta es la imita-

(1) Ten presente cuanto sirven á la humanidad los buenos ejemplos, y reconoce que el recuerdo de los grandes hombres, no es menos provechoso que su presencia.» (Séneca, *Carta C*, 11.)

(2) En apoyo de este aserto, he ahí un hecho que me refirió uno de mis colegas. Su hija mayor á quien procuraba casar, le manifestó su intención de hacerse religiosa, para cuidar enfermos, y le pidió permiso para ir todas las mañanas á un hospital vecino en donde se recogían á los atacados de enfermedades repugnantes. El padre consintió, con la esperanza de que el espectáculo que se ofrecería á su vista entibiaría el ardor de una vocación, que no le gustaba. ¡Vana esperanza! Después de haber pasado la mañana en el hospital, su hija cada día se sentía más feliz y contenta y más resuelta aun. Admirado cada día más de su perseverancia, el magistrado preguntó á su hija de donde sacaba aquel ardor de caridad: y su hija le contestó: «De la *Imitación de Cristo*.»

ción que los apóstoles y los sacerdotes no dejan de enseñar. Cuando san Pablo escribía á los de Tesalónica, les felicitaba por haberse convertido en *imitadores del Señor*, y dirigiéndose á los de Efeso les dice: «*Sed los imitadores de Dios* (1).»

Los médicos, que experimentan el poder de los buenos y de los malos ejemplos, quisieran también, y con razón, que no figurara en los periódicos, el cuadro de las enfermedades morales, de los suicidios y de los crímenes: están alarmados por el peligro que ofrece esta publicidad, para los espíritus débiles ó enfermos, que viven en medio de la sociedad, (puesto que no todos los locos están en los manicomios), para los jóvenes y las mujeres nerviosas. Los detalles que se dan de los suicidios, de la ejecución de los crímenes, hieren la imaginación, y pueden despertar el espíritu de imitación. Esta publicidad ofrece por otra parte, el gravísimo inconveniente de enseñar las distintas maneras de ejecutar los actos criminales. He observado, particularmente en las causas de asesinato, infanticidio, aborto y fabricación de moneda falsa, que los acusados copian los relatos de la ejecución de delitos análogos: como los Dres. Georget, Legrand du Saulle, Despinae, Bouchut, Després, Aubry, entiendo que la relación de los hechos criminales, debería quedar reservada para los periódicos forenses. No es conveniente que los jóvenes, y las muchachas, busquen cada día, excitaciones é imágenes peligrosas en el cuadro de vicios y delitos, que contienen las columnas de la prensa periódica.

LA CRIMINALIDAD EN LAS CIUDADES Y EN LOS CAMPOS.—La vida del campo es tanto más favorable para la salud del espíritu, que para la del cuerpo. Este es un hecho observado en todas las naciones, como se ha demostrado en todas épocas, que la moralidad de los pueblos es mucho mayor que la de las ciudades. «Los agricultores, dice Platón, suministran los hombres más robustos, los soldados más infatigables, los que menos piensan en el mal.» Darwin, ha observado también que en la América del Sud, los Gauchos son muy superiores á los hombres de las ciudades... que en las clases elevadas é instrui-

(1) Platón también elevaba á virtud la imitación de Dios: y Kant consideraba la imitación del Hombre Dios, el tipo, el modelo de la humanidad, y el medio más seguro para alcanzar la perfección moral. (*La Religión dentro los límites de la razón*, traducción Trullard, pág. 87 y siguientes.) «Seamos como dioses,» exclamaba también Bossuet; «nos es lícito, por medio de la imitación de su santidad.» (*Sermón sobre la Natividad*.)